

¿CINICOS O SANTOS?

POR

NARCISO JUANOLA SOLER

Según el parecer de Luigi Giussani (1), sólo dos tipos de personas salvan enteramente la estatura y el nivel del ser humano: el anarquista y el auténticamente religioso.

La naturaleza del hombre es relación con el infinito: el anarquista es la afirmación de sí mismo hasta el infinito y el hombre auténticamente religioso es la aceptación del infinito como significado de sí.

El cinismo y el anarquismo tienen muchos puntos de contacto. En efecto, el «Sócrates demente», que así era llamado Antístenes, agresivo, irónico e insolente, se burlaba de la democracia ateniense y de las costumbres de su tiempo. Despreciaba las artes, la dialéctica, la ciencia. Negaba la validez de los conceptos universales y sólo admitía la realidad de lo singular-perceptible. Además, reducía el pensamiento a palabras y de las cosas sólo admitía su nombre propio, sin posibilidad de ningún predicado.

Antístenes no admitía ninguna definición esencial acerca de nada. Si las palabras eran consideradas entes materiales, el juicio y el raciocinio eran para él imposibles. Así, tampoco era posible la discusión.

La vida feliz consistía en una vida tranquila, autosuficiente, independiente. Su ideal era una vida sin Estado, sin instituciones, sin familia, con el amor libre y el comunismo de mujeres, sin el cuidado de los hijos. No hay patrias, ni leyes, ni familias. Todos

(1) GIUSSANI, L.: *El sentido religioso. Curso básico de Cristianismo*, vol. I, Ediciones Encuentro, Madrid, 1987. Ver pág. 20.

los dioses nacionales y oficiales con rechazados. Los templos, las oraciones, los sacrificios, etc., no importan.

Diógenes de Sínope, apodado el «can» (hay que recordar que «cinismo» viene de la palabra «perro», en griego), acentuó la indiferencia de Antístenes, convirtiéndola en una actitud de desprecio hacia lo convencional y lo artificial. Imitando a los animales en su vida natural, andaba sucio, desgredado, sin lavarse ni afeitarse; comía carne cruda y su habitación era un tonel. Despreciaba todo pudor, satisfaciendo sus necesidades en cualquier lugar.

Diógenes «buscaba un hombre» a plena luz del día, con su linterna. Su ideal era la indiferencia hacia todo para conseguir la felicidad. Se mofaba de las ciencias, las artes, la religión y de todas las instituciones.

El cinismo, partiendo de la distinción sofística entre lo «natural» y lo «civil», se opone a todos los valores sociales y culturales. Busca la vida natural y salvaje, sin sentimentalismos. Insensible a todo, menosprecia los respetos humanos, las opiniones comunes y se liberta de todos los deseos. Prescindiendo de todas las leyes civiles, de todas las convenciones, causas de las ambiciones y de las guerras, considera que todos los hombres son hermanos.

La austeridad cínica iba acompañada de impudicia y desvergüenza, junto con un declarado hedonismo. Combina su desprecio por el vulgo con un orgulloso sentimiento de autarquía.

Entre el Capaneo de Dante, ese gigante encadenado por Dios en el infierno, que grita a Dios: «Yo no puedo librarme de estas cadenas porque tú me aprisionas aquí. Sin embargo, no puedes impedirme que yo te maldiga, y yo te maldigo», y el ser humano que, humildemente, se postra en un acto de adoración y de amor ante el Infinito, se da una oposición radical. Entre el anarquista y el ser que ora a Dios..., entre el cínico y el hombre púdico y respetuoso..., se entabla una batalla decisiva, pues entre ambos se dirime la vieja cuestión de quién, al fin y al cabo, tiene la verdad acerca del hombre y la vida.

La anarquía y el cinismo son fascinantes y, en cuanto tales, son engañosos, puesto que inducen a un olvido esencialista: la finitud, la limitación, la contingencia de todo aquello que no es

Dios. Cuando se afirman frente a todos, y frente a todo, ejercen violencia sobre el ser y la realidad. De ahí que el hombre comience realmente a afirmarse a sí mismo cuando se acepta como existente cara al Absoluto.

La dialéctica del límite ontológico, una dialéctica de implicación y copresencia, así como de alteridad por amor, que rechaza la egoidad por odio, es lo que hace humano al hombre. Sólo a partir de esa libertad inicial de aceptación del límite, permite no oscurecer la inteligencia y abrirse al don de la fe (2).

El cinismo, dice Tatiana Góritcheva (3), no tiene, como lo había tenido el nihilismo, temor a la nada y tampoco tiene el arrojo suficiente para tomar una decisión última y radical. Ese postnihilismo hace gala de modestia e inseguridad, pero también de una mayor desesperación.

El cinismo, dice Tatiana, nace de un tedio infernal. Y el aburrimiento es un signo del infierno. Curiosamente, el final de la obra teatral de Jean Paul Sartre, «A puerta cerrada» (*Huis clos*), después de haber perdido de vista el mundo en el que habían vivido y en el que, después de su «ausencia» ya no eran nada más que «objetos» o «cosas entre las cosas» de «dominio público»..., después de haberse dado cuenta de que nadie más entraría en su habitación infernal para cruzarse eternamente las miradas ausentes de amor, sin poder ni siquiera bajar los párpados, curiosamente, repito, dice el protagonista masculino monsieur Garcin: Bueno, sigamos (cayendo el telón). En verdad un suplicio eternamente desesperado, donde no cabe una mirada de amor ni de perdón, donde no cabe el «dormirse», donde no hay para acabar, porque el odio engendra odio... y un mortal aburrimiento.

El aburrimiento, como dice el doctor Aquilino Polaino-Loren-

(2) SCIACCA, M.: Pueden consultarse las obras *El oscurecimiento de la inteligencia* (1.ª parte), Edit. Gredos, Madrid, 1973; *La libertad y el tiempo* (2.ª parte), Marzorati Editore (Milano), Luis Miracle (Barcelona), 1967.

(3) GÓRITCHEVA, T.: *La fuerza de la locura cristiana*, Edit. Herder, Barcelona, 1987, consultar cap. II.

te (4), implica el hastío de sí mismo, de modo que ninguna actividad resulta satisfactoria, ante la autopercepción de no ser útil a nadie. Ante él, dice el doctor Aquilino, el hombre se percibe como indiferente y su posible activismo no denota sino que busca la búsqueda de cosas y no las cosas mismas. Y muchas veces lo «entretenido» y lo «divertido» oscurecen el aburrimiento de fondo. Por otra parte, el frenesí y la excitación interesan más que la búsqueda de algo «diferente» que pudiera motivar, comprometer, vincular realmente. De ahí que, ante esas situaciones, el sujeto se deje «poseer» por lo «imprevisible», por lo que él no ha elegido ni es capaz de elegir, dejándose fagocitar por las circunstancias, en una actitud meramente pasiva (el hombre está entre-tenido). Algo tendrá que ver todo esto con los magno-conciertos de rock.

Ante lo divertido-placentero, el sujeto tampoco sufre una auténtica «conversión». Así el sujeto se-vierte, escapando a sus sentimientos negativos. En el fondo uno no sabe entonces qué hacer consigo mismo. Y esto es lo peor, porque esa falta de autoposición conlleva la falta de autodonación, por lo que se hace imposible la solidaridad (5) y la donación amorosa íntegra. Algo tendrá que ver todo esto con las tesis del «amor libre».

Al diablo, dice Tatiana, le faltan principios creadores; y C. S. Lewis, en sus *Cartas del diablo y a su sobrino*, lo ejemplifica con humor fuera de lo común y una profundidad metafísico-moral extraordinarias (6). Parece, pues, que sólo nos queda una pizca de

(4) DR. AQUILINO POLAINO-LORENTE: Aburrimiento y soledad en los adolescentes, folleto M. C., núm. 484, Madrid, 1989.

(5) ALFONSO LÓPEZ QUINTÁS: Autor de obras tales como *La juventud actual, entre el vértigo y el éxtasis*, Edit. Narcea, Madrid, 1982; *Estrategia del lenguaje y manipulación del hombre*, Edit. Narcea, Madrid, 1979; *El conocimiento de los valores*, Edit. Verbo Divino, Madrid, 1989, etcétera, hablaría de las experiencias del «vértigo» y de las experiencias de «éxtasis», que se corresponderían a lo que el Dr. Aquilino Polaino-Lorente expresaba cuando habla de situaciones *inter-esse*, tales como el «entretenimiento» y el «divertirse» (vértigo) y la metonimia de conversión-donación (éxtasis).

(6) LEWIS, C. S.: *Cartas del diablo a su sobrino*, Edit. Espasa-Calpe, colección «Boreals».

energía para proseguir sin ilusión nuestro odiado trabajo, modular monótonos discursos y distribuir bobas sonrisas. Aburrimento y cinismo vuelven la existencia cada vez más estúpida y mecánica (7).

El cínico tiene una conciencia ilustrada y desdichada a la vez. En efecto, no cree en ninguna verdad ideológica y tampoco en ninguna crítica de las ideologías: su negatividad apenas deja sitio a la esperanza. Si acaso, sólo ironía y compasión. El cinismo actual ya no hace alardes ofensivos ni toma una actitud sarcástica: sólo hace destemples sin energía. Le afectan las cosas, pero en el fondo todo da lo mismo.

La existencia de los regímenes totalitario-socialistas han invalidado los argumentos de la izquierda y ésta, también, se muestra cínica, sobre todo después de la caída del muro de Berlín, la Perestroika y la remodelación del Partido Comunista italiano. ¿Será que el hombre está acabando con todos los mitos, incluyendo, entre ellos, el mito de la ciencia, el del progreso y el de la humanidad pacífica (agnóstica o atea)? ¿Será que al hombre sólo le queda creer en Dios? Por mi parte, eso creo.

Estamos en plena crisis de la civilización técnica, hija de la ciencia moderna, que, a su vez, es hija de la metafísica moderna (8). El hombre ya no tiene a la mano una fe, un pensamiento, una concepción política y como dice Václav Havel, actual Presidente de Checoslovaquia (9), citando a Heidegger, sólo un Dios nos puede salvar. Havel sostiene la necesidad de otro pensamien-

(7) GÓRITCHEVA, T.: *Op. cit.*, pág. 48.

(8) Para analizar el desenvolvimiento histórico de la «crisis» en sus aspectos históricos pueden consultarse las obras siguientes:

— CARDONA, C.: *Metafísica de la opción intelectual* (cap. IV), Edit. Rialp, Madrid, 1973.

— SCIACCA, M. F.: *El oscurecimiento de la inteligencia* (2.ª parte, cap. I), Edit. Gredos, Madrid, 1973.

— SCIACCA, M. F.: *La Hora de Cristo* (cap. II: *La crisis de la civilización occidental y el problema de su unidad espiritual*), Marzorati Editore, Milano, Luis Miracle, Barcelona, 2.ª ed., 1961.

(9) HAVEL, V.: *El poder de los sin poder*, Ediciones Encuentro, Madrid, 1990.

to, de una ruptura con lo que ha sido tanto tiempo, de un cambio radical del modo de concebirse el hombre a sí mismo, al mundo y a su posición en él. Havel propone una «revolución existencial», que rompa la «vida en la mentira» del «sistema» y abra las puertas de una «vida en la verdad». Esta solución, dice, no puede ser fruto de un mero engarce técnico, ni de una organización administrativa, sino de una reconstrucción moral y, finalmente, política de la sociedad. ¿No estará apelando Havel a una aplicación real de la doctrina social de la Iglesia?

La sociedad de consumo e industrial nos ha llevado al lado del progreso científico-técnico los males de la miseria ideal, moral, social y política. La civilización de la técnica está en un proceso de «autocinesis»: el sistema «posttotalitario» es sólo el aspecto drástico de la mentira esencial del hombre moderno.

En Occidente las democracias están también en crisis y no saben cómo hacer frente a su propia autodisolución. En efecto, las contradicciones se hacen cada vez más patentes: se dan discriminaciones en materia ética (se tratan distintamente cuestiones en torno a la moralidad pública y cuestiones en torno a la propiedad, es decir, se actúa liberalmente en las primeras y dogmáticamente en las segundas); se acude a la permanencia de los valores éticos en tiempos de crisis (primero se separan la política y la moral y, después, se recurre a la moral inmutable para sanear la vida social, como se ve en los casos en que un político famoso incurre en una falta ética); se propone la neutralidad valorativa, pero se impone dogmáticamente ese «neutralismo», ante quien pretende afirmar una verdad, diciendo que se ha excluido él mismo; se da una progresiva liberalización de todos los comportamientos, tomando como único principio moral el no atentar contra la voluntad individual, es decir, el no hacer violencia al otro, sin darse cuenta de que ello supone toda una concepción acerca del hombre que se deja sin explicar y sin fundamentar (10).

Al igual que Soljenitsin, Havel apela a la responsabilidad del hombre concreto para oponerse a la violencia y al totalitarismo

(10) GÓMEZ PÉREZ, R.: *Represión y libertad*, Edit. Eunsa, Pamplona, 1975. Ver cap. I, apartado 5: *Crisis del relativismo ético*.

y, en último término, a ese Dios que es ya, dice, el único que nos puede salvar» (11).

El cínico, a veces, desconfía de todo porque en el fondo oculta su miedo y aversión a tener que despedirse de su mezquino, pero habitual, ambiente de conformismo social (12), o, bien, porque no quiere profundizar en los mecanismos de las democracias occidentales burguesas (13). La única regla del cínico es no estar seguro nunca de nada y tiene prohibido saber cómo comportarse. Piensa que todos mienten sin cesar, sin darse cuenta de que ello se dice por culpa del miedo y para protegerse de todo reproche. El cínico puede responder con una ligera ironía y compasión, o bien, por miedo, manifestarse en forma de indiferencia o agresividad.

El cinismo supone el grado más alto de ofuscación y falta de libertad. Pero la humildad es la fuente de la piedad religiosa: en la vida natural, la verdad y la justicia dan como fruto la humildad, único medio de poder sobrellevarnos mutuamente y de aceptar la superioridad de nuestros semejantes; en el orden sobrenatural, porque es el fundamento de todo el edificio de la santidad. En efecto, no hay verdad más evidente que nuestra poquedad ante Dios. Ello nos hace cohibir los deseos desordenados de propia excelencia, en que nuestra pequeñez trata de rebelarse contra la grandeza de Dios (14).

Esta virtud moral de la humildad nos hace incluso ver nuestra inferioridad respecto de los demás. Así es, en verdad, ya que estando todos en las manos de Dios, en todos podemos encontrar algo nuestro y algo de El: por lo nuestro, todos somos iguales; por los dones divinos, más o menos correspondidos, caben enormes diferencias. De este modo, la humildad nos lleva a considerar la verdad de nuestros defectos y la disculpa de las faltas de los demás (15).

(11) HAVEL, V.: *Op. cit.*, págs. 122 y sigs.

(12) GÓRITCHEVA, T.: *Op. cit.*, pág. 50.

(13) HAVEL, V.: *Op. cit.*, pág. 127.

(14) SANTO TOMÁS: 2-2 q. 161. Sobre la humildad.

(15) *Idem.*, cita núm. 13.

Atendiendo a todo lo dicho, está claro que el polo opuesto del cinismo es la santidad. ¡O cínicos o santos! Entiéndase bien que la «o» no es meramente disyuntiva, sino exclusiva. El santo está libre de..., pero también para... algo, para transformar el mundo por medio del Espíritu Santo (16). Si el cinismo es estéril, desesperado y tedioso, la santidad es fecunda, impensada y maravillosa, la cumbre de la actividad creadora.

Nuestra época busca lo necio e imprevisible, sensaciones fuertes y situaciones extremas, endiosa la anormalidad, ama lo excéntrico, tiene sed de libertad en lo accesorio y difícil de lograr: el tedio burgués. La «locura» que representa el camino de la santidad es accesible a pocos, pero sólo ella es realmente nueva, sin ser ni algo «original», ni una «fuga», ni el seguimiento del «sentido común» acomodado (17).

La santidad no necesita de lo irracional, de lo paradójico, sino de la gracia. Si algún parecido existe entre un cínico y un santo es sólo en lo externo: la ascética del santo es totalmente distinta.

Los cínicos no son ascetas: ciertamente, renuncian a muchas cosas, pero no al placer. La divisa del cínico es conseguir el máximo placer con el mínimo esfuerzo (actitud hedonista). Tampoco reconoce nada ni a nadie como superior, al revés del asceta, que se somete a la autoridad de Dios y de la Iglesia. En fin, el reino del cínico es, pese a su anhelada independencia, de este mundo y no el Reino de Dios (18).

La santidad posibilita el triunfo del asceta sobre el cinismo, el tedio y la muerte. Así lo vio también Jacques Maritain (19). Es un hecho palpable que muchos cristianos se arrodillan ante el mundo. Así, la «ascesis», la «mortificación» y la «penitencia» quedan descartadas sistemáticamente. También la «virginidad» y la «castidad». El «ayuno» no deja de ser menos...; ocurre que se ha olvidado que el deber temporal del cristiano no se cumple ver-

(16) GÓRITCHEVA, T.: *Op. cit.*, pág. 53.

(17) GÓRITCHEVA, T.: *Op. cit.*, pág. 54.

(18) GÓRITCHEVA, T.: *Op. cit.*, pág. 69.

(19) MARITAIN, J.: *El campesino del Garona* (cap. III, 5.ª parte: *De rodillas ante el mundo*), págs. 89 y sigs., Edit. DDB, Bilbao, 1967.

daderamente sino cuando la vida de la gracia y de la oración sublima en él las energías naturales. Eso es lo que hoy se niegan a ver muchos cristianos generosos: la completa temporalización del cristianismo. Al parecer, éstos piensan que el Reino de Dios tiene su fermento en la masa «del» mundo, de la Naturaleza, ante la que se arrodillan. ¿La Cruz?; ah!, se trata del símbolo de los sacrificios momentáneos exigidos por el «progreso».

Respecto a los falsos dioses o ídolos, el santo es un perfecto ateo, dice Maritain. En el origen del «arrodillamiento» ante el mundo hay «un loco error»: considerar que no hay Reino de Dios distinto del mundo y que el mundo reabsorbe en él ese reino: Es claro que estas palabras de Maritain pueden aplicarse perfectamente a los ideales pacifistas filantrópicos que, bajo influencias pelagianas, ilustradas, rousseaunianas, kantianas, marxistas o comtianas, todas ellas utópicas, como siempre, no quieren contar con Dios.

No obstante, la realidad es como es. Dios es trascendente; de hecho, hay un orden sobrenatural; de hecho, hubo un acontecimiento clave en la historia de la humanidad, la Encarnación; de hecho, hay otro mundo que es el Reino de Dios ya comenzado. Todo ello nos impide arrodillarnos ante los Emperadores de este mundo y ante los Ídolos (20).

El santo es, ante todo, humilde, libre de la autocomplacencia, de la altivez. Sólo así alcanza la pureza del corazón, su yo más íntimo, a través del cual está unido a Dios. La humildad lleva al mundo interior, al paraíso donde alma y cuerpo no están separados, donde se diluye la contradicción entre lo activo y lo pasivo, donde el hombre llega al nivel originario, divino, del ser, donde el hombre se hace acreedor activo porque deja que Dios hable por su medio.

La autocomplacencia y la apatía son los peores errores del cristianismo (21). Sólo la humildad lleva a nivel del ser y opone resistencia a la entropía del mundo.

(20) MARITAIN, J.: *Op. cit.* (véase el apartado que lleva por título *El loco error*), págs. 96 y sigs.

(21) GÓRITCHEVA, T.: *Op. cit.*, pág. 93.

El rechazo del mar es simple higiene y no resulta tan difícil. Esto también lo hacen los paganos. Más difícil es liberarse del bien que lleva a la autocomplacencia. Y, justamente, esto es necesario, porque el enemigo capital es la soberbia. La mayor paradoja del cristianismo es la Europa «cristiana» y la triste verdad prolongada hasta nuestros días es que la figura más corriente del cristianismo es la que aparece encarnada en el pequeño burgués indolente y autosatisfecho.

Querer sustituir el bien realizado bajo presión por la simple destrucción y la esclavitud existencial por la soberbia, no es sino iniciar el camino de la autocomplacencia. Sólo la humildad destruye moralismos impuestos y autocomplacencias egoístas. Sólo la humildad auténtica conduce a la «pérdida del yo» para Dios y, con ello, la nueva ganancia de un nuevo encontrarse a sí mismo.

Cuando lo verdaderamente importante es la voluntad de Dios, entonces el hombre está siempre abierto al futuro y no hay lugar para la pereza mezquina, la timidez o el narcisismo. La humildad y el amor siguen siendo las virtudes humanas que permiten a la persona el ser persona (22).

(22) GÓRITCHEVA, T.: *Op. cit.*, págs. 96-97.